

*Plaza pública*

para la edición del 26 de octubre de 1995

## Reforma política

Miguel Ángel Granados Chapa

Debido a que el gobierno y los partidos políticos expresaron de nuevo sus opiniones sobre la reforma política, cuyo proceso se reanudó anteayer, el formato y el propósito de la reunión habida en Bucareli recordaron la efectuada el 17 de enero pasado en Los Pinos, esa vez ante el Presidente Zedillo. Antes de entrar en el examen de las posturas de cada protagonista, conviene establecer su perfil de hoy, compararlo con el de entonces y determinar las semejanzas y diferencias entre la situación prevaleciente hace nueve meses y la de ahora, porque todo eso, más aún que los discursos, nos permitirá evaluar las perspectivas de la reforma prevista.

Emilio Chuayfett, y ya no Esteban Moctezuma, fue el encargado de reinaugurar el diálogo. Precisamente en sus meadros naufragó Moctezuma, que fue capaz de conjuntar los intereses de los partidos a mes y medio de iniciada la administración en que era estrella fulgurante, pero cuya inexperiencia le impidió remontar los efectos adversos al diálogo que fueron acumulándose en los meses siguientes, hasta que debió marcharse a fines de junio. Chuayfett lo reemplazó, investido de plenos poderes, pero no le fue sencillo recomponer el cuadro, y en vez de obrar con la velocidad del rayo empleó largos cuatro meses en conseguir que los partidos se reunieran



bajo su concertación. En el entretanto, libró un desigual combate interno, contra Manuel Camacho, de cuyo lance no salió bien librado a pesar del aplauso generalizado del público que malquiere al ex regente de la ciudad de México. Mejor capacitado para sus funciones que su antecesor, por su mayor experiencia, el logro de reanudar la mesa central del diálogo político debe ser convalidado con avances ciertos y verificables, so pena de padecer un destino análogo al de su predecesor, sobre todo porque la situación general se ha complicado en modo enorme de enero a la fecha.

Santiago Oñate, y ya no María de los Angeles Moreno, habló por el Partido Revolucionario Institucional. Aunque después empeoraron, las circunstancias ya eran adversas para la senadora capitalina, y por lo tanto parecía simplemente resignada a admitir un diálogo en que su partido no podía ofrecer mucho, y en que iba a remolque, a regañadientes. Eliminada la pretensión de que entre el partido gubernamental y el Presidente de la República mediara una "sana distancia", ahora se produce el fenómeno ausente entonces, e indispensable para los entendimientos inequívocos, de que el líder del PRI cuente con el decisivo apoyo presidencial. A diferencia de la senadora Moreno, Oñate lo tiene, aunque no sea para qué, pues el vago propósito reformista presente siempre en ese partido ha palidecido después del relevo en el mando priísta. Parecería que la inquietud de cambio se satisfizo simplemente con la mudanza en el comité nacional, y es innecesaria ya una modificación



estructural del partido. Si se trabaja en ella, se hace pesadamente, con lentitud y desgano, pues si una agrupamiento político ha sido golpeado por los excesos de la política salinista y el pasmo zedillista es precisamente el partido que los llevó al poder.

Carlos Castillo Peraza no es el mismo que habló el 17 de enero. El proceso electoral yucateco no sólo motivó el retiro de su partido de la mesa original, sino que ha mudado su talante respecto del gobierno, y avivado su preocupación de que la yugoslavización sea el destino inmediato de la política mexicana, es decir el desmembramiento de una entidad mantenida por la rigidez autoritaria central, no en beneficio de la democracia sino de caciques regionales autónomos. Se aproxima, además, al final de su periodo al frente de Acción Nacional, que se planteará con claridad al comienzo del año próximo (es decir dentro de dos meses), y si bien su reelección entra en el orden de lo normal y lógico, debe tenerse en cuenta que los ex gobernadores Carlos Medina Plascencia y Ernesto Ruffo verán en la presidencia panista un sitio ideal para mantener vigentes sus aspiraciones futuras. Disputarán a Castillo Peraza esa posición, y el resultado de esa contienda dependerá en buena medida del curso del diálogo político nacional y de la postura que el dirigente yucateco exprese y practique en él.

Tampoco Porfirio Muñoz Ledo es igual a sí mismo entre enero y octubre. Su liderazgo al frente del PRD se fortaleció después del tercer Congreso, cuyo "espíritu de Oaxtepec" resultó del hábil trabajo de este decano del



grupo reunido en Bucareli el martes pasado. (Era ya secretario de estado en 1977, cuando en el mismo salón Juárez de la Secretaría de Gobernación se inició la primera de las sucesivas reformas políticas a que el gobierno acude cuando se encuentra en apuros y es incapaz, por lo mismo, de resistir las presiones de la oposición y los ciudadanos sin partido). Sin embargo, su reciente lance verbal con el subcomandante Marcos replantea el debate interno, que ya parecía zanjado, entre el dialoguismo y el radicalismo, y aquel extremo, encarnado en Muñoz Ledo, puede resultar debilitado en esa lid, con perjuicio de la postura del dirigente perredista en la mesa de negociaciones.

A pesar de que a mediados de enero hacía ya casi un mes de que se iniciara la nueva fase de la crisis, hoy las condiciones políticas y sociales en que debe hacerse avanzar la reforma política son mucho más delicadas que las de entonces. Lo que en esa fecha parecía deseable hoy es necesario, exigencia imperiosa de la realidad. Los datos del desastre nacional son agobiantes. No ex exageración hablar de desastre. Si sólo consideramos las cifras del desempleo, veremos la magnitud del cataclismo con el neoliberalismo nos atosiga: De la abrumadora suma de 2.625,000 personas que en total carecen de ocupación, más de la mitad (1.505,000) han perdido su empleo en los primeros nueve meses de este año. Urge, así, una reforma política que permita a los ciudadanos realmente decidir si quieren continuar en esa ruta.



PLAZA PÚBLICA  
MIGUEL ANGEL GRANADOS CHAPA

# Reforma política

Los mismos de enero, u otros, los protagonistas de la reforma política enfrentan hoy una situación mucho más apremiante que entonces, por el riesgo de descomposición social a que esa reforma debe poner remedio hoy.



**D**EBIDO A QUE EL GOBIERNO Y LOS PARTIDOS POLÍTICOS expresaron de nuevo sus opiniones sobre la reforma política, cuyo proceso se reanudó anteayer, el formato y el propósito de la reunión habida en Bucareli recordaron la efectuada el 17 de enero pasado en Los Pinos, esa vez ante el presidente Zedillo. Antes de entrar en el examen de las posturas de cada protagonista, conviene establecer su perfil de hoy, compararlo con el de entonces y determinar las semejanzas y diferencias entre la situación prevaleciente hace nueve meses y la de ahora, porque todo eso, más aún que los discursos, nos permitirá evaluar las perspectivas de la reforma prevista.

Emilio Chuayffet, y ya no Esteban Moctezuma, fue el encargado de reinaugurar el diálogo. Precisamente en sus meandros naufragó Moctezuma, que fue capaz de conjuntar los intereses de los partidos a mes y medio de iniciarse la administración en que era estrella fulgurante, pero cuya inexperiencia le impidió remontar los efectos adversos al diálogo que fueron acumulándose en los meses siguientes, hasta que debió marcharse a fines de junio. Chuayffet lo reemplazó, investido de plenos poderes, pero no le fue sencillo recomponer el cuadro, y en vez de obrar con la velocidad del rayo empleó largos cuatro meses en conseguir que los partidos se reunieran bajo su concertación. En el entretanto, libró un desigual combate interno, contra Manuel Camacho, de cuyo lance no salió bien librado a pesar del aplauso generalizado del público que malquiere al ex regente de la ciudad de México. Mejor capacitado para sus funciones que su antecesor, por su mayor experiencia, el logro de reanudar la mesa central del diálogo político debe ser convalidado con avances ciertos y verificables, so pena de padecer un destino análogo al de su predecesor, sobre todo porque la situación general se ha complicado en modo enorme de enero a la fecha.

Santiago Oñate, y ya no María de los Angeles Moreno, habló por el Partido Revolucionario Institucional. Aunque después empeoraron, las circunstancias ya eran adver-

sas para la senadora capitalina, y por lo tanto parecía simplemente resignada a admitir un diálogo en que su partido no podía ofrecer mucho, y en que iba a remolque, a regañadientes. Eliminada la pretensión de que entre el partido gubernamental y el presidente de la República mediara una "sana distancia", ahora se produce el fenómeno ausente entonces, e indispensable para los entendimientos inequívocos, de que el líder del PRI cuente con el decisivo apoyo presidencial. A diferencia de la senadora Moreno, Oñate lo tiene, aunque no sepa para qué, pues el vago propósito reformista presente siempre en ese partido ha palidecido después del relevo en el mando priista. Parece que la inquietud de cambio se satisfizo simplemente con la mudanza en el comité nacional, y es innecesaria ya una modificación estructural del partido. Si se trabaja en ella, se hace pesadamente, con lentitud y desgano, pues si un agrupamiento político ha sido golpeado por los excesos de la política salinista y el pasmo zedillista es precisamente el partido que los llevó al poder.

Carlos Castillo Peraza no es el mismo que habló el 17 de enero. El proceso electoral yucateco no sólo motivó el retiro de su partido de la mesa original, sino que ha mudado su talante respecto del gobierno, y avivado su



Aunque no con la celeridad que se presumió en junio, cuando se hizo cargo de la Secretaría de Gobernación, Emilio Chuayffet Chemor consiguió sentar de nuevo a la mesa del diálogo a las fuerzas políticas nacionales.

preocupación de que la yugoslavización sea el destino inmediato de la política mexicana, es decir el desmembramiento de una entidad mantenida por la rigidez autoritaria central, no en beneficio de la democracia sino de caciques regionales autónomos. Se aproxima, además, al final de su periodo al frente de Acción Nacional, que se planteará con claridad al comienzo del año próximo (es decir dentro de dos meses), y si bien su reelección entra en el orden de lo normal y lógico, debe tenerse en cuenta que los ex gobernadores Carlos Medina Plascencia y Ernesto Ruffo verán en la presidencia panista un sitio ideal para mantener vigentes sus aspiraciones futuras. Disputarán a Castillo Peraza esa posición, y el resultado de esa contienda dependerá en buena medida del curso del diálogo político nacional y de la postura que el dirigente yucateco exprese y practique en él.

Tampoco Porfirio Muñoz Ledo es igual a sí mismo entre enero y octubre. Su liderazgo al frente del PRD se fortaleció después del tercer congreso, cuyo "espíritu de Oaxtepec" resultó del hábil trabajo de este decano del grupo reunido en Bucareli el martes pasado. (Era ya secretario de Estado en 1977, cuando en el mismo salón Juárez de la Secretaría de Gobernación se inició la primera de las sucesivas reformas políticas a que el gobierno acude cuando se encuentra en apuros y es incapaz, por lo mismo, de resistir las presiones de la oposición y los ciudadanos sin partido). Sin embargo, su reciente lance verbal con el subcomandante Marcos replantea el debate interno, que ya parecía zanjado, entre el dialoguismo y el radicalismo, y aquel extremo, encarnado en Muñoz Ledo, puede resultar debilitado en esa lid, con perjuicio de la postura del dirigente perredista en la mesa de negociaciones.

A pesar de que a mediados de enero había ya casi un mes de que se iniciara la nueva fase de la crisis, hoy las condiciones políticas y sociales en que debe hacerse avanzar la reforma política son mucho más delicadas que las de entonces. Lo que en esa fecha parecía deseable hoy es necesario, exigencia imperiosa de la realidad. Los datos del desastre nacional son agobiantes. No es exageración hablar de desastre. Si sólo consideramos las cifras del desempleo, veremos la magnitud del cataclismo que con el neoliberalismo nos atosiga: de la abrumadora suma de 2 millones 625 mil personas que en total carecen de ocupación, más de la mitad (un millón 505 mil) han perdido su empleo en los primeros nueve meses de este año. Urge, así, una reforma política que permita a los ciudadanos realmente decidir si quieren continuar en esa ruta.